

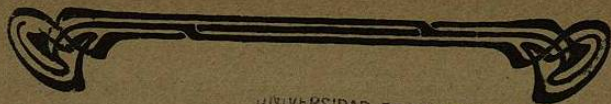
—Querido caballero—le dijo—¿tendría usted la amabilidad de partirme este bollo?

Él se ruborizó hasta las orejas y balbuceó algo, perdiendo el tino. Pero el señor de Anserre tuvo piedad de él, y, volviéndose hacia su esposa,



—Amiga mía—le dijo—, serías muy amable si dejaras de molestarnos: hablamos de Agricultura. Que Bautista te divida el pastel.

Y nadie, desde aquel día, partió ya el bollo de la señora de Anserre.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ado. 1625 MONTREY, MEXICO

EL SALTO DEL PASTOR

DE Dieppe al Havre, la costa es una serie interrumpida de escarpadas rocas de unos cien metros de altura y erguidas como una pared. De trecho en trecho, esta larga hilera de blancos peñascos desciende bruscamente, y un vallecillo angosto, de rápidas pendientes cubiertas de césped y juncos marinos, baja, desde la meseta cultivada, á una playa cubierta de guijarros, á la que llega por una hondonada semejante al lecho de un torrente. La Naturaleza ha formado estos valles, que las tempestuosas lluvias han rematado con aquellas hondonadas, tallando lo que quedaba de roca, ahondando hasta el mar el lecho de las aguas que sirve de paso á los hombres.

A veces vislúmbrase en estos valles un pueblo que azota el duro huracán.

He pasado el estío en uno de esos claros de la costa, albergado en casa de un aldeano cuya morada, situada de cara á las olas, permitíame ver desde la ventana un enorme triángulo de agua azul limitada por las verdes pendientes del peñasco y manchada á veces por blancas y lejanas velas en un golpe de sol.

El camino que conducía al mar seguía el fondo del desfiladero, y, bruscamente, hundíase entre dos paredes de marga y convertíase en una especie de profundo pantano, antes de desembocar en una hermosa sábana de guijarros extendidos, redondeados y pulimentados por la secular caricia de las olas.

Este sitio se llama el «Salto del Pastor».

Ved aquí el drama al cual debe ese nombre:

*
* *

Cuéntase que aquel pueblo hallábase antiguamente gobernado por un sacerdote austero y violento. Había salido del Seminario lleno de odio hacia los que viven con arreglo á las leyes naturales, y no conforme á las de Dios. De inflexible severidad para consigo mismo, mostróse para los demás

implacablemente intolerante; una cosa llenábale sobre todo de cólera y de disgusto; y era esta cosa el amor. Si hubiese vivido en las ciudades, en medio de los civilizados y refinados que disimulan tras de los velos delicados del sentimiento y de la ternura los brutales actos que impone la Naturaleza; si hubiese confesado en la sombra de las elegantes naves á las pecadoras perfumadas cuyas faltas parecen atenuadas por la gracia de la caída y la nube de ideal en torno del beso material, tal vez no hubiera sentido aquellas locas revueltas, aquellos furros desordenados que le acometían ante el sucio emparejamiento de los pordioseros en el lodo de una cuneta ó sobre la paja de una granja.

Comparaba con los brutos á aquellas gentes que no conocían el amor y se unían solamente como los animales; y les odiaba por lo grosero de su alma, por la sucia satisfacción de su instinto, por la repugnante jovialidad de los viejos cuando hablaban todavía de aquellos inmundos placeres.

Tal vez encontrábase también, á pesar suyo, torturado por la angustia de apetitos no satisfechos y minado por la lucha de su cuerpo rebelado contra un espíritu despótico y casto. Ello era que todo



lo tocante á la carne le indignaba, poníale fuera de sí; y sus violentos sermones, lle-

nos de amenazas y furiosas alusiones, hacían bromear á las mozas y á los muchachos, que se miraban á hurtadillas en la misma iglesia; y los labriegos de blusa azul y las labradoras de mantilla negra, se decían al salir de misa, volviéndose hacia la casucha, cuya chimenea lanzaba al cielo un hilo de negro humo:

—No bromea con eso el señor cura.

En cierta ocasión hasta llegó á enfurecerse sin motivo. Iba á ver á un enfermo. Pues bien; apenas

hubo penetrado en el corral de la granja divisó un grupo de niños, los de la casa y los de la vecindad, aglomerados en torno del camastro del perro. Miraban curiosamente alguna cosa, y contemplábanla inmóviles, con atención concentrada y muda. El sacerdote se acercó á ellos. Era que la perra paría allí. Delante del camastro, cinco cachorros se movían en torno de la madre, que los lamía tiernamente, y, en el momento en que el cura alargaba el cuello por encima de las cabezas de los muchachos, aparecía un nuevo perrillo. Llenos de alegría, todos los galopines se pusieron á gritar: «¡Otro, otro!» Aquello era un juego para los muchachos, un juego natural en que nada impuro entraba; contemplaban aquel nacimiento como hubieran mirado llover manzanas; pero el ensotanado se crispó de indignación y, extraviada la cabeza, levantó su paraguas de tela azul y se puso á golpear con é él á los chiquillos. Éstos huyeron á escape. Entonces él, viéndose solo frente á la perra recién parida, golpeóla con toda su fuerza. Como estaba sujeto por una cadena, el animal no pudo huir; y como se revolvió gimiendo, el cura la emprendió á patadas, aplastándola con los pies, hízola echar fuera un último cachorro y la

remató á taconazos. Luego dejó el cuerpo ensangrentado en mitad de los recién nacidos, que, chillones y torpés, buscaban ya las tetas.

* * *

Daba largos paseos solitarios caminando á grandes zancadas, con aire salvaje. Y un día del mes de Mayo, al regresar de una lejana excursión, conforme avanzaba á lo largo de la roca mirando al pueblo, acometióle un acceso de furia. No se veía ninguna casa; sólo se divisaba la desnuda costa, que el Océano acribillaba con sus flechas de agua.

El agitado mar removía sus espumas, y las grandes nubes sombrías se reunían en el horizonte aumentando la fuerza de la lluvia. El viento silbaba, soplabá, tumbaba las jóvenes mieses y zurraba al empapado abate, pegando á sus piernas la humedecida sotana y llenando de ruido sus oídos y de tumulto su exaltado corazón.

Descubrióse, ofreciendo su frente á la tempestad, y poco á poco fué acercando á la aldea. Pero alcanzóle una ráfaga tan fuerte que no pudo seguir avanzando. De repente divisó junto á una red de ovejas la choza ambulante de un pastor.

Aquello era un abrigo, y á él dirigió sus pasos.

Los perros, atontados por el huracán, no se movieron cuando se acercó; y llegó á la cabaña de ma-



dera, especie de camastro establecido sobre ruedas, que los pastores arrastran durante el estío de paraje en paraje.

Encima de un escabel, la puerta inferior se abría, dejando ver la paja de dentro.

El sacerdote iba á penetrar cuando divisó en la sombra una pareja amorosa que se abrazaba. Entonces, bruscamente, cerró la puerta con pasador; y en seguida, empuñando las varas, doblando su delgado cuerpo, tirando como una bestia y resoplando

bajo su empapada ropa de paño, echó á correr, arrastrando hacia la pendiente rápida, hacia la pendiente mortal, á los jóvenes sorprendidos en mutuo abrazo, que golpeaban por dentro con el puño, creyendo sin duda que aquello era una broma de un transeunte.



Cuando estuvo en lo alto del precipicio soltó la ligera choza, que rodó hacia la parte inclinada.

Precipitaba su carrera locamente impelida, yendo cada vez más veloz, saltando, tropezando como una bestia, golpeando la tierra con sus varas.

Un viejo mendicante que se había guarecido en un agujero la vió pasar sobre su cabeza, oyendo horribles gritos que salían de la vivienda de madera.

De repente perdió una rueda en un choque, cayó de lado y corrió como una bola, como una casa desarraigada correría desde la cima de un monte; luego, llegando al borde de la última hondonada, saltó describiendo una curva y, cayendo en el fondo, se estrelló en él como un huevo.

Los amantes fueron de allí extraídos magullados, aplastados, con todos los miembros rotos, pero abrazados siempre, ligados los brazos por los codos en el espanto como en el placer.

El cura no permitió que sus cadáveres entraran en la iglesia, y negó su bendición á los féretros.

Y el domingo, en el púlpito, habló con calor del séptimo mandamiento de la ley de Dios, amenazando á los enamorados con un brazo vengador y misterioso, y citando el ejemplo terrible de los dos infortunados muertos en el momento de pecar.

Conforme salía de la iglesia, dos gendarmes le detuvieron.

Un vigilante de Consumos había presenciado la

hazaña del sacerdote desde el fondo de su garita.
Fué condenado á trabajos forzados.

*
* *

Y el campesino que me refirió esta historia añadió con gravedad:

—Le he conocido, caballero. Era un hombre rudo, indudablemente, pero no le gustaban las bagatelas.



COSAS VIEJAS

QUERIDA Colette:
No sé si recordarás un verso del señor de Sainte-Beuve, que juntas leímos y que ha quedado grabado en mi pensamiento; porque este verso me dice á mí muchas cosas, y en repetidas ocasiones, sobre todo desde hace algún tiempo, tranquiliza mi corazón. Hele aquí:

¡Nacer, vivir y morir en la misma morada!

Actualmente estoy sola en esta casa donde nací, donde he vivido y donde espero acabar mis días. Esto no es muy alegre que digamos, pero es dulce, porque aquí me hallo rodeada de recuerdos.

Mi hijo Enrique es abogado; pasa aquí dos meses cada doce. Juana habita con su esposo en la otra extremidad de Francia, y yo soy quien va á verla